

## LA INFORMACION

POR

MARIO SORIA

Para conocer cuanto ocurra en el mundo, son múltiples los medios de comunicación. Diarios, revistas ilustradas, semanarios, televisión, radios, prensa especializada en economía y finanzas dan a los curiosos noticia de los sucesos políticos, militares, económicos, religiosos, etc., de ambos hemisferios. Casi ninguna región del globo se escapa de esta red informativa. Si resulta imposible dar cuenta de todos los acontecimientos de una sola vez, los medios de comunicación son complementarios. Ciertos diarios cuentan lo que otros omiten; la televisión proporciona una imagen viva de lo que solo desvaidamente aparece en la letra escrita. Por definición, nada le está vedado saber al público. Los secretos de Estado mejor guardados pueden caer en manos de un periodista, y éste se siente profesionalmente empeñado en informar de ellos: el lector, el radioyente, el telespectador deben saber. Ideal de la información es hacerlo todo a cielo abierto, sin que existan misterios de ninguna clase. Las naciones tendrían que ser como jugadores de póker que jugaran con las cartas descubiertas, para satisfacer la curiosidad de los circunstantes. Si un militar, por ejemplo, entrega a un enemigo real o posible planes bélicos reservados, traiciona a su patria; si los revela a la prensa, comete una indiscreción. Pero si un periodista divulga el secreto a los cuatro vientos, límitase a cumplir con su obligación informativa. El público mismo condena el caso primero, disculpa el segundo y aprueba el tercero, en nombre de la libertad de prensa.

Esta constituye una expresión sagrada, una especie de mantra. Es la fórmula correspondiente al principio de tener el ciuda-

dano que saber cuánto suceda en su tierra, no importando que lo acaecido atañe al régimen general del país como que sea noticia picante de corral de vecindad o conventillo. Inconcebible resulta que algo se le esconda a quien por definición es miembro soberano de la sociedad y gobierna la misma, puesto que a los gobernantes él los elige, estando convencido de que son delegados suyos y deben rendirle cuentas. Y cuanta mayor importancia tenga el hecho, mayor también es la necesidad de divulgarlo. Por otra parte, cada cual es libre de opinar como le pareciere y de escribir lo que quisiere, con el solo límite de no dañar la reputación de terceros. Habría, sin embargo, que preguntarse si el periodista verdaderamente publica lo que cree cierto y difunde lo que haya descubierto su sagacidad, o si no es solo mano y mirada teledirigidas. Y preguntarse también si los ciudadanos pueden propagar sus ideas con tanta facilidad como se asegura.

En los regímenes totalitarios, solo la burocracia hállase facultada para apreciar los hechos. Y el Occidente, hogar de todas las libertades habidas y por haber, ¿cómo procede? Entre nosotros, la posibilidad de enjuiciar lo divino y lo humano carece virtualmente de restricciones, salvo la señalada, tan imprecisa, de la reputación ajena; pero la de divulgar ese enjuiciamiento, de no guardarlo para un cenáculo o un grupillo de amigos, esa facultad es privilegio exclusivo de algunas gigantescas empresas, dotadas de enorme capital y a las cuales tienen acceso contadísimas plumas y voces, de tal forma que no se exageraría asegurando no existir otra libertad de prensa que la de un oligopolio informativo. El ciudadano común apenas puede hacerse escuchar mediante las cartas al director, sección insignificante, donde, a mayor abundamiento, se aceptan o rechazan, según conveniencia del periódico o capricho del responsable, las opiniones presentadas. En otros medios de comunicación se organizan debates o encuestas, pero cuidando siempre que las voces discrepantes sean mesuradas, aunque cuidando también haber los juicios divergentes necesarios para presentar una controversia. Huelga decir que las discusiones así urdidas huelen a falso que apes-

tan. En algunos casos, contadísimos, diarios y radios sí encarnan una opinión independiente, atinada o desatinada, eso poco importa ahora, contra la ideología gubernamental. Tal sucedía con *El Mercurio*, de Santiago de Chile, cuando Salvador Allende; con *La Prensa*, de Buenos Aires, en tiempos de Perón; con *El Comercio*, de Lima, en época de Velasco Alvarado. Y tal es hoy la situación de *La Prensa* managüense, respecto de la dictadura sandinista. Pero son excepcionales todos estos ejemplos, porque en circunstancias normales nadie resulta más obsequioso con las autoridades, menos espontáneo en las apreciaciones, menos capaz de llamar pan al pan y vino al vino, que plumíferos y locutores. Domada, la sátira; las críticas, con sordina; pronto, el incensario, si se trata de un personaje grato a la dirección.

Así, pues, el lector que no lo sea de un solo periódico, ni el espectador de una sola televisión, ni el oyente de una sola radio, pronto advertirá que, si bien muchos órganos informativos son complementarios o enjuician de forma opuesta ciertos asuntos secundarios, mantienen en cambio una extraña unanimidad respecto de los temas de mayor momento. Parece que, a pesar de la multiplicidad de empresas de este género, de la gran cantidad de corresponsales, de los hechos tan dispares que suceden en diferentes partes del mundo, una sola sea la mente seleccionadora y uno solo el criterio interpretador. Existe como un acuerdo tácito para alabar determinados regímenes y denigrar otros, rebajar el papel de estos figurones y ensalzar al de aquéllos, disimular una atrocidad y convertir en atrocidad cualquier bagatela; cegarse para lo cercano y tener ojo zahorí para cuanto ocurra a miles de leguas de distancia, etc. Salvo los medios de comunicación pertenecientes a partidos políticos, que mantienen una ideología rígida y cuentan escaso público, los diarios de máxima difusión, las cadenas de televisión, las radios más escuchadas, en suma, los dueños de la comunicación mundial, tienen un denominador idéntico, aparte, como dijimos, alguna disensión en materia de escasa importancia. Y si encontramos un órgano informativo que discrepe en lo fundamental, pero no esté subordinado a un partido político, casi siempre comprobaremos

tratarse de un semanario de escasísimos lectores (carente de publicidad, de existencia precaria) o de una radio semiclandestina. La libertad, en la que todos los medios de comunicación se fundan y que no dejan de invocar a diestro y a siniestro, termina curiosamente en la uniformidad, como la libertad de la oferta y la demanda suele conducir al monopolio. No es, por lo tanto, extraño que en ciertos momentos proliferen los boletines privados, alguno de los cuales consigue mantenerse durante decenios y llega a tirar miles de ejemplares mensuales, como *La Contrarreforma Católica*, del abate francés Jorge de Nantes (advertimos que los diarios, revistas y demás pertenecientes a editoriales religiosas se asemejan a los publicados por compañías o personas seculares como un huevo a otro). No es tampoco extraño que se califique la libertad de prensa de mero negocio o juguete de ricos.

Puede interpretarse esta singular uniformidad como uniformidad real, en el sentido de que verdaderamente sean muy similares los sucesos, por mucho que difieran los protagonistas y los lugares de los mismos. Pero, ¿cabe defender esto? ¿No se trata más bien de una adulteración o una trivialización? Por ejemplo, fetiche de nuestra época es la democracia; ha dejado de ser un simple sistema de gobierno para convertirse en ídolo. Pues bien, cuando en un país cualquiera, europeo o iberoamericano, musulmán o budista, asiático o africano, estalla una revuelta, invariablemente se interpretará el suceso como contrario o favorable a la democracia. Así, demócratas son los guerrilleros afganos, los adversarios de Pinochet, los birmanos alzados contra su gobierno, los estudiantes argelinos, los enemigos de Fidel Castro, los críticos de Jomeini, las bandas armadas salvadoreñas. A la inversa, antidemócratas considéranse quienes se opongan al doctor Alfonsín o al jefe de estado colombiano Barco, a Corazón Aquino o al presidente de Rodesia. Aparte de la arbitrariedad con que se otorga el calificativo, resulta ingenua la creencia de que el fin de todos los primeros sea establecer el sufragio universal, instituir una o dos cámaras representativas y permitir la formación de partidos, en tanto que los segundos solo preten-

dan oprimir al pueblo, privándolo de sus derechos civiles y políticos. Las diferencias históricas, la estructura social, el régimen de propiedad, la religión, las tradiciones peculiares carecen de importancia para los simplificadores. Por lo cual no puede uno menos de preguntarse: ¿Presenciamos una falsificación de los hechos o solo de ese modo es factible interpretarlos?

También cabe otra suposición: es el público quien en realidad está convencido de la gigantomaquia entre democracia y antidemocracia, como lucha entre la luz y las tinieblas. Por lo tanto, hay que servirle lo que pida y no regatearle sus gustos. Al respecto, ciertas empresas periodísticas han dado en la flor de editar diarios conservadores y diarios progresistas, de manera que no haya sector de los consumidores de papel impreso sin su correspondiente pasto. Y volvemos a preguntarnos: ¿Es realmente esto lo que pasa? ¿No sucederá que los medios de comunicación van forjando una opinión y, después de ésta forjada, dan lo que la misma pide y la confirman? ¿No se partirá de un embuste fundamental que la ignorancia o la propensión de la muchedumbre acepta casi como dogma de fe, no preocupándose nadie de restablecer la verdad?

Diremos, entonces, que los medios de comunicación, en su afán de homogeneidad, desnaturalizan los sucesos, puesto que prescindan de cuanto haga a éstos peculiares y les permita huir del lecho de Procusto tendido por prejuicios y dogmas. De ahí que todos los periódicos resulten similares, sean de Buenos Aires, Londres, Madrid, Nueva York, Constantinopla o Sidney. Y también de la misma falla nace el soporífero parecido de las televisiones, con las mismas películas, análogos noticiosos, parecidos comentarios, iguales tendencias. Por lo demás, hay que convenir que esta trivialización le gusta al hombre moderno, poco amigo de profundizar y satisfecho con cualquier explicacioncilla o con la verosimilitud, a falta de la verdad. Asimismo, que la vulgarización y el adocenamiento son propios de la mentalidad norteamericana, de su exagerado pragmatismo. El artollador influjo de Estados Unidos ha terminado imponiéndose en los medios de comunicación, como en casi todas las formas de la vida.

Los tales medios no son, pues, informadores, sino formadores y deformadores; a placer. Halagando tendencias, las fomentan, hasta las crean, cuando les pareciere necesario. Leer un periódico no es tanto saber qué pasa en el mundo, como saber cuál es la tendencia de la publicación correspondiente. Leer es siempre hacerlo entre líneas. Nadie menos sincero que los profesionales de la comunicación; nadie, a menudo, más falso. Y no nos referimos a los casos de picaresca, a las crónicas sobre Nigeria escritas en un café parisiense, ni al corresponsal que vive con los lapones bañándose en Hawái; hablamos del sesgo que se les da a esas noticias. Así, la palabra ya no refleja la realidad, sino que la crea. Es cierto lo que aparece en la página primera de un diario o en el lugar primero de las noticias televisivas; menos cierto lo que se publica postergado; inexistente, lo que se calla.

De suerte que no resulta aventurado imaginar una imposición de órdenes expresas o tácitas a las que obedecen los medios de comunicación; órdenes del poder económico o político, del cual ellos mismos forman parte. La difusión de ciertas noticias se paga con publicidad, con subvenciones, con cargos de pingüe sueldo. Los periodistas occidentales difundían a troche y moche la reputación izquierdista de Olaf Palme, cosa que a éste le servía de coartada para vender armas a la teocracia persa. ¿Quién duda de que la prosperidad de la industria bélica succeca repercutía como lluvia de oro sobre los periódicos adictos? Y los ejemplos hasta la saciedad podrían aducirse. Hoy, comunicación y negocio son como vasos comunicantes.

Antes hemos hablado de la prensa ideológica y del poco favor de que goza entre el público. En efecto, a éste no le gusta que lo aleccionen abiertamente. Como se considera idóneo para conocer la verdad a poco que ella se presente delante de cualquier ciudadano, la enseñanza expresa supone la ignorancia y la tontería y resulta ofensiva. ¿Qué albañil, tornero, barrendero, estudiante, ama de casa, mecanógrafa, ingeniero o agricultor no puede juzgar sobre la conveniencia o inconveniencia de pertenecer a la Alianza Atlántica, la separación de la Iglesia y el Estado, los propósitos más recónditos del Kremlin, la política judía

o las causas de la guerra centroamericana? Todos son en ello doctores consumados. Los antiguos estrategas de café avergonzados quedaríanse escuchando tamaño saber. Por esto, la habilidad de los medios de comunicación estriba en proporcionarle a ese público quisquilloso la ilusión de una información veraz, acerca de la cual nada tenga que aprender, salvo conocer su existencia para juzgarla apropiadísimamente. La didáctica subliminal adoctrina de forma inconsciente, hasta que, al cabo del tiempo, el lector, oyente o espectador piense, sienta y hasta hable como su disfrazado mentor. Este convierte a los pacíficos en belicosos, y viceversa; remacha los grilletes del preso y libera a los ya libres; hace olvidar la colosal riqueza de los estados modernos parásitos y tilda el bienestar de algunos particulares; desempolva antiguallas presentándolas como novedades; pone el cielo abajo y la tierra encima. Los medios de comunicación forman el gran burdel de la palabra; la vuelven ambigua, polivalente, embustera y traidora; pero —concedámoslo— tan sabiamente acicalada prostituta, cuando sale a buscar clientes, a millones los consigue, embolsándose para sí y para la chulería organizada ingente ganancia.

«Al principio era el Verbo». Todo lo hizo Dios según su Verbo, y lo hizo bien, afirma San Juan en su evangelio. El papel de la palabra empleada por los medios de comunicación es, en cierta forma, la antítesis del trabajo divino: también ellos conciben la palabra como instrumento moldeador de la realidad, pero como actúan sobre la naturaleza ya formada, la descrean, por así decirlo, la revierten poco a poco al caos de donde la sacó la mano suprema. O si no la pervierten y pervierten el criterio de conocer cosas y hechos, sí crean escépticos, para los cuales todo es igualmente bueno o malo, que sostienen que a nadie hay que prestar crédito, siendo inasequible la verdad. No hay motivo de repetir los juicios de Menéndez Pelayo y de Carlos Kraus acerca del periodismo de sus respectivas épocas. Son hogaño los propios insultados quienes nos recuerdan los viejos dictérios, los justifican, nos los hacen parecer insuficientes.